

si propia la cifraba, en su marido no estaba exenta de altruismo, dado que exclusivamente propendía a la satisfacción del objeto amado.

Pero don Miguel no había conocido el dolor... No lo había conocido ni siquiera cuando, absorbido en las minucias del negociante, su corazón todavía joven dentro de la añosa envoltura, se conmovió ante una juventud bella; era rico, y sin mucho penar pudo poseerla. Ciego, endiosado, no tuvo ojos, al correr de los días, para comprender que a su amor no respondía otro amor, y que, lentamente, la juventud conquistada se retraía. — El proceder limpio, la conducta abnegada y pura de la primera esposa, habían atrofiado en aquel hombre el instinto de los celos. Inconscientemente metía en el hueco espiritual que en su alma ruda dejó doña Encarnación, a la figulina toda frivolidad y ligereza que atrapó con el señuelo del lujo. Por extraño fenómeno adunaba para él Sofía las virtudes de la muerta a sus propios encantos. Y ya podía venir alguien a acotarle que en craso error se hallaba, demostrándole por *a* más *b* que nunca los bríos juveniles se amoldan a los cansancios de la senectud, para que el pobre señor riera, incrédulo, a tiempo que limpiaba con calma sus inseparables quevedos y ponía en subjuntivo las deducciones aconsejadas por el férvido amor que a sus ojos trocaba lo blanco en negro y lo negro en blanco.

Pero el dolor llegó; inopinado, brutal. Y él, como herido por tremendo mazazo, en las densas tinieblas de su angustia, convencido de la infamia, buscó una luz de duda que entonces lo sería de esperanza.

Fue así:

Al caer de una tarde de noviembre, en que el sol convidaba afuera al sano esparcimiento de la holganza, el caballero, que apoltronado es-

taba en su escritorio del almacén, fijó sus ojos miopes en un papel de color anaranjado que junto al tintero se veía. Era un billete de teatro: el de la platea que horas antes mandara comprar. — Aquella noche Alejandro Bonci cantaría *El elixir de amor*. — Dióse Bringas una palmada en la frente. Abrumado por la labor de dictar una correspondencia copiosa, que ahora su taquígrafa encerraba en los sobres, se había olvidado de participar a Sofía que su empeño por oír al prodigio del *bel canto* estaba a punto de cumplirse. Consultó el reloj. Eran las cinco. El tocado de su mujer pecaba de dilatado por lo cuidadoso. Apenas quedaba, pues, tiempo para avisarle, a fin de que ella y Julia estuvieran listas...

Requirió, sonriente, el aparato telefónico que sobre de la mesa estaba. Puso al alcance de sus labios la bocina; pegóse al oído el audifono; pidió el número... ¡Y he aquí que, cuando iba a hablar, se sintió paralizado! Voces oía, que le eran de sobra conocidas: la de su mujer, y la del abogado Jorge Bazán.

Las primeras palabras escuchadas le llenaron de estupor, moviéndole instintivamente al silencio. Una curiosidad insana le torturaba. — Sin pestañear, intensamente lívido, asistió a aquel diálogo de frases oscuras, amorosas y rientes, en las que fulguraba con intermitencias un fondo de la horrible verdad. Con un temblor que sacudió luego su cuerpo y que a duras penas le permitía no apartar del todo el audifono de su velluda oreja, se dió cuenta de que Sofía, con chanzonetas crueles en las que se refería a la tacañez del «viejo», participaba a Jorge que esa noche no iría al teatro. Bazán aplaudía, muriéndose de risa, la ruindad del «fantoche de espejuelos». Gracias a ésta podría verla sin prisas, tan ricamente, en su

casa de la calle de Medellín, a las seis... — En su turbación infinita, apenas fué dable a don Miguel escuchar las postreras frases, entrecortadas, incoherentes, por su propia emoción. — «¿Conque no dejarás de esperarme?... Allá, a las seis... El vestido azul que tanto te gusta... Una taza de té... ¡Cómo no!... ¡Con muchísimo gusto!... Adiós... Adiós...»

Sin antecedente alguno, sin sospechas, de golpe, estúpidamente, pasaba de la completa ignorancia a la plena certeza. Era como si la luz de un relámpago iluminara de pronto las pupilas muertas de un ciego. Un torrente de ideas, de sensaciones, de recuerdos, de impulsos, se desencadenaba arrollador en Bringas, anulando en el infeliz toda acción y dejándole enclavado en el asiento, en tanto que con las enflaquecidas manos se oprimía las sienas y helado sudor empapaba su frente. En el aceleramiento vertiginoso de su vida interior, para la cual los años se convertían en minutos, su natural flemático en carácter brioso, con desconocidos bríos, se trocaba. Pero tal agitación, puramente interna, no tenía exteriores muestras. Inmovilizado, inerte, permaneció largo rato. De reojo, y no sin asombro, le consideraba su empleada.

Cuando se puso en pie, había envejecido más. Tal lo revelaban su andar incierto, su mirada imprecisa, la enorme laxitud que daba a su cuerpo la apariencia de un cuerpo de trapo. Despidió a la taquígrafa; quería estar solo. Encaminóse hacia el rincón donde, sobre de un archivero, ancha botella de agua cristalina y un vaso se hallaban. Bebió un trago. Empezó a pasear por la estancia, que poco a poco iba invadiendo la sombra. Encorvado, con las manos enlazadas tras de la espalda, pensaba...
¡Qué cosas tiene la vida! Un incidente cual-

quiera, una comunicación equivocada por la telefonista, nada, en suma, nada, bastó para anonadarlo. Su caso no ganaba por cierto en esplendor trágico a los memorables de las novelas de que alguna vez había oído hablar a su mujer. Era vulgarísimo; casi necio. Cabría holgadamente en cuatro líneas de gacetilla. ¡Y, sin embargo, transformaba de pronto las perspectivas de su existencia, hasta entonces sólo turbada por las amenazas de quiebra que un beso, una caricia, la más insignificante frase de la esposa bastaban a atenuar!

—No puede ser... No; no puede ser...—gemía, interiormente, la pasión quebrantada. La simplicidad misma del hecho inclinábale a la duda. Quería dudar, a toda costa. Ciertamente oyó; cierto también que lo que oyó era el testimonio descarnado, cruel, de su deshonor.—Pero, ¿no se trataría de una alucinación? En ocasiones las cosas que se oyen no son exactas... Se les da sentido diverso; se las interpreta mal... No se pasa de la ignorancia a la certidumbre como del día a la noche.

Mas, por mucho que se empeñara en dudar, un oscuro sentimiento, maravilloso en el arte de encadenar sucesos aislados, gestos enigmáticos, palabras inconexas, presentaba ante sus ojos el proceso evidente de la culpa.—Tal día, sorprendió una mirada extraña de Sofía para el futuro yerno. Tal otro, descubrió en ella incomprensible tristeza. Bazán no parecía ya enamorado de Julia. Su hija, aunque sin confesarlo, penaba por el despego del novio...—¿Y el cansancio de ella para los halagos? ¿Y las súbitas cóleras a que daban margen las ternuras del esposo? ¿Y su mal rebozada altanería? ¿Y el disimulado odio con que le miraba, reprimiendo apenas la repugnancia, el asco latente en sus ojos?

No podía ser; pero era, sin embargo. La equivocación suprema de su vida aparecía de bulto. No había lugar a la atenuación, ni a duda. Estaba el pecado allí, al alcance de sus miradas. Su instinto de negociante, infalible para desentrañar la certeza en la enredada madeja de las premisas, decía que aquella vez no erraba.

Una ola invasora de odio le ahogó. Sus miembros, bruscamente, salieron del avasallador entorpecimiento. Veía sus canas mancilladas por una mujer impúdica; desquiciada su vida; la ruina a un paso; la vergüenza, el lodo, asfixiándole, salpicando a su familia y a su casa... Veía también, en lejanos y misteriosos confines, un calabozo inmundado y triste; el arma homicida en sus manos; la figura severa del juez; el defensor que alegaba atenuantes; miles y miles de papeles impresos que pregonaban a los cuatro vientos que Miguel Bringas, el hombre probo, el honesto comerciante, era un infeliz sin honra porque el sagrado recinto del hogar, sin darse cuenta, cerrando imbecilmente los ojos, permitió que un adulterio manchara para siempre el limpio nombre que fué hasta entonces su mejor presea.

Fugitivamente, pasó por entre la tremenda turbación de su espíritu la silueta desvanecida de la muerta. Fué como un destello también, breve y fulgurante, el recuerdo consagrado a la pobre Julia...

Y, a pesar de todo, ¿sería verdad? ¿Sería verdad el horror de aquel drama jamás sentido, que estallaba de pronto?

Anonadado, sentóse en un sillón. Tenía la boca seca. Pugnaban por salir de sus ojos las lágrimas. Un temblor irregular, brusco, agitaba sus patillas.

Después de larga meditación hubo de levantarse. Un tanto serenado ya, extrajo de una

gaveta del escritorio el revólver que allí guardaba. Cogió el sombrero, olvidándose de gabán y bastón. Dijo a los empleados, al salir, que no volvería; y deteniendo un coche de punto en la esquina de la calle de Capuchinas, ordenó al auriga, con voz tan velada, tan queda, que éste apenas pudo entenderle:

—¡A la calle de Medellín!

XXVIII

No había luz en las ventanas. Sólo una del piso bajo veíase iluminada, en aquella construcción anchota, lisa, que se creería más grande de lo que era, casi aplastante, en la penumbra. Gran soledad en la dilatada calle indiferente. Los destellos de las lámparas eléctricas se perdían a lo lejos, argentando a trechos las masas difuminadas, oscuras, de los troenos que sombreaban las aceras...

Hacía frío. Bringas no lo sintió. Con las manos dentro de los bolsillos del pantalón, paseaba, nervioso, frente de la casa del que había sido su yerno presunto. — ¿Se equivocaría quizá, tocante a la situación de la vivienda de Jorge?—No; era aquella, la del entresuelo, con dos balcones en la fachada. La conoció una vez que fué a buscarle.

¡Pero ni asomos de trajín interior! ¡Las maderas cerradas! ¿No le acosaría a la sazón confuso devaneo?... — Porque si el teléfono no mintió, si verdad era que la voz oída de ella parecía, imposible tampoco negar que la cita no llevaba traza de haberse efectuado. — Tal observación hizo renacer su esperanza. Hubiera dado la vida en aquel instante con tal que una voluntad superior le demostrase que erraba;

que nada había escuchado; que Sofía era la mujer buena y fiel que soñó. Sentía quererla inmensamente. La ola arrolladora del odio no acertaba a anonadar su cariño. Al contrario: la pasión, amortecida por el goce ahito en el transcurso de dos años de trato matrimonial, volvía a atenacearlo. Encontrábase, ni más ni menos, que en el propio estado de torturante deseo que le empujó, en junio de 1910, a ofrecer su mano a la garrida y succulenta moza que orgullosamente rechazaba las caricias del patrón, con altivez de princesa ofendida. Ardía en su mente el recuerdo de las primeras noches. Una violenta sensación de halagos probados que no alcanzaron a saciarle, le torturaba. Los labios gruesos y sensuales que besaban riendo; los ojos negros, de mirada quemante, empapados en la melancolía del enervamiento voluptuoso; el cuerpo robusto, divino de juventud, que se entregaba en letales abandonos: todo el enjambre de las evocaciones libidinosas revoloteaba en el cerebro del viejo, en raudos torbellinos. Se asociaban a su angustia. Suscitaban en él insensatos deseos, que tenían un no sé qué de misterioso y de lúgubre en la borrasca de dolor y de celos desencadenada por el repentino descubrimiento.

Croaban las ranas en el amplio lote de terreno herboso que delante de la casa del pretendido amante se extendía. Comenzaba a soplar inquieto vientecillo del Oeste. De pronto, don Miguel sufrió una sacudida. Acababan de entreabrirse las maderas de los balcones del entresuelo. Una línea de luz se proyectó sobre el asfalto de la calle. Escudado por el follaje de un arbusto, pudo distinguir, tras de las cortinas, una sombra. ¿Sería ella? ¿Era, acaso, él?

A partir de entonces perdió la consciencia en pensamientos y actos. Aferrado al tronco del

arbolillo, tembloroso, esperaba. Pasó mucho tiempo. Otra ventana se iluminó... Al cabo, el cancel de cristales de colores que se levantaba al fondo del zaguán, abrióse... Era una fámula, que bajó hasta la acera, miró a todos lados, echó luego a andar, y hubo de perderse en la esquina próxima. Minutos después percibió Bringas el zurrir de las escaleras de palo que al piso alto conducían; dos personas, luego, salieron... ¡Ellos!

Ganas le dieron de correr, de escabullirse, para que no lo viesan. —¿Qué sentimiento de temor precavido, casi de miedo, era aquél que se hacía sentir en la tempestad angustiosa del odio?—Claro que la pareja ni siquiera advirtió su presencia. Continuaba mansamente caminando a lo largo de la acera, bajo de los troenos. Harto reconocía él la silueta delgada, elegante, de Bazán, y el amplio abrigo oscuro de ella, así como su sombrero breve, de plumas airoosas...

Les siguió a distancia, recatándose. Se había olvidado del revólver, que por cierto pesaba bastante en el bolsillo de su pantalón.

Descendieron por la calle de Mérida. Una cuadra antes de la Avenida Chapultepec, en un sombrajo, despidiéronse. Como Bringas se dio cuenta del retorno del joven abogado, en el quicio de una puerta se metió, mientras Jorge pasaba por la acera de enfrente. Después, temeroso de que la otra presa escapara, echó a correr. No fué menester que anduviese mucho. Sofocado, sin aliento, hubo de detenerse a unos cuantos pasos de ella, a tiempo que Sofía cruzaba la susodicha avenida, camino de la cercana estación de los tranvías.

Rudamente la asió de un brazo.

—¡Ay! ¿Eres tú?—gritó la dama, disimulando a duras penas su sorpresa. Rehízose, y sin pa-

rar mientes en el descompuesto semblante de su marido, agregó: —Pero ¿qué andas haciendo por aquí, a estas horas, hijo?

—Eso he de preguntarte a ti...

Tomó don Miguel un coche de alquiler que pasaba.

—Sube—dijo.

Mientras el destartado vehículo rodó por la avenida que orillaban vetustos árboles, los dos permanecieron en silencio. Barruntaba Sofía que algo anormal y grave debía de acontecer, para que su esposo la tratase con tan bruscos modos. Sin embargo, no la acongojaba aquel miedo romántico, producto singularísimo de su imaginación en los primeros meses del amasiato. Sobresalto no le faltó, y hasta cierto nerviosismo que la obligaba a oprimir en demasía su saquito de mano. Pero nada más.

Por su parte, don Miguel, sombrío, austero, no despegó los labios hasta que con su mujer se encontró en el despacho donde se encerraron al llegar a casa.

—¿De dónde vienes? —interrogó, con ronca voz, en cuanto hubo echado llave a la puerta.

—¡De dónde había de venir, hombre! De una visita... —respondió la interpelada, no logrando, a pesar de todo, sostener la insistente mirada que clavaba en ella su marido, a través de los espejuelos.

Tan clara, tan simple era la respuesta, que, de turbador, el colérico anciano se convirtió en turbado. Taciturno, empezó a medir, con irregular y rápido paso, la habitación. Sofía, entretanto, despojábase del abrigo, del sombrero y de los guantes. Sonriente, un poco pálida, tomó asiento en el mullido sofá de cuero oloroso que ocupaba el fondo del salón. Don Miguel no se atrevía a mirarla; sólo columbraba el pie leve, el combado arranque de la pierna que de-

jaba al descubierto la falda de color azul turquí. Quizás un presentimiento secreto de la propia inania pronta a desarmarle ante el hechizo, retuvo en sus labios los acres denuestos.

—Por lo que veo, parece que tratas de comunicarme algo muy importante... Al menos, este misterio, esa cara, así lo revelan...

Como herido por silbante trallazo, Bringas se irguió ante ella; y, ¡oh milagro!, sus inyectados ojos fueron capaces de resistir sin inmutarse la tentadora sonrisa de la saga.

—¿Dices que de una visita? —exclamó, sentándose en la butaca vecina, sobrecogido por invencible temblequeo, que hacía entrechocar sus rodillas flacas.

—Sí, Miguel, sí... ¿Extrañas que yo visite a la gente?

De un salto, el caballero echóse sobre ella, y oprimiendo reciamente con las suyas las delicadas manos que, desnudas, tenían marfileño esplendor, articuló, quedo, con voz saturada de la espasmódica vibración del odio:

—¡Vienes de casa de Jorge Bazán!

La propia Sofía se asombraba, horas después, de cómo no titubeó al escuchar la acusación inesperada, escueta, aplastante. Habíase familiarizado ya con la idea de que su marido lo ignoraba todo; que nada sabría jamás. Un convencimiento fantástico de la perenne impunidad, anulara desde mucho antes en ella el temor. La más risueña impudicia campaba en sus acciones... ¡Y he aquí que, de súbito, el veijo la llamaba a cuentas! ¿Cómo? ¿En qué términos? Eso faltaba saber.

—No lo niego; ni hay para qué... En casa de Jorge estuve... Lo que me asombra es que hagas tantos aspavientos por una cosa tan simple... No es la primera vez que voy allá; y, por otra parte, ¿tiene ello algo de malo?

La faz de Bringas, hasta entonces lívida, se encendió en rubor. Diríase que le amenazaba una congestión.

—¿Será posible, Dios mío, que haya en ti tanta infamia?—rugió, sacudiéndola brutalmente.

Sofía, al oír tales palabras, tuvo miedo. La evidencia de que en su marido alentaba ya la convicción plena de la culpa, hizo pasar por su cuerpo un calofrío de terror. A la vez, hondo sentimiento de indignación por la rudeza de que era víctima, la sublevó. Terror e indignación sumados no superaron, empero, a otra sensación angustiosa, creciente, que la embargó: consideraba próximo a desplomarse el edificio de su dicha; amor, riqueza, honores, desaparecerían para siempre tan sólo con que Bringas así lo determinase. Y el instinto de defender todo esto, a cualquier costa; de salvar del naufragio su existencia de voluptuosidad, de lujo, de prohibidas caricias, la tornó astuta y fuerte.

—¿Qué infamias son esas de que hablas?—interrogó, poniéndose en pie, alta la gallarda cabeza, y confundiendo a don Miguel con una mirada de reto—. No entiendo tu lenguaje, ni tampoco la actitud grosera, ordinárisima, que ahora, por la primera vez, usas conmigo...

—¡Tú eres la amante de ese bellaco que está representando, ante mi hija y ante mí, la más asquerosa de las farsas!

—¡Estás loco, Miguel! ¡Estás loco, o a tu vez representas una farsa aún más vil que la que a ese pobre muchacho achacas, calumniándome! ¿Qué motivos tienes para tramar esa acusación necia? ¿Cómo, de qué manera, quién pudo hacer creer semejante cosa?

—Yo mismo he podido convencerme: yo, yo mismo...

—¡Mientes!

—Esta tarde diste a Jorge cita en su casa; y no conforme con... no conforme...—gimió el viejo, ahogándose—. Me has ultrajado...

Fueron como un rayo de luz para Sofía semejantes frases. Alguien había escuchado su entrevista telefónica. Alguien la había delatado. ¿Quién?—En la confusión de ideas que sobrevino en su mente, hubo de concentrar sus fuerzas en un solo propósito: desvanecer lo que delante de su esposo apellidaba «calumnia».— Y nunca como entonces la antigua taquígrafa ávida de goce fué más diestra; ni jamás como aquel día echó mano de las socalifias que su juventud y belleza, asociadas al raro ingenio que para mentir tenía, le aconsejaban. Protestó; gritó; lloró... Sus lindos ojos negros brillaban con irradiaciones angélicas de ingenuidad, en medio del raudal de lágrimas que soltó. Su hermosa frente se exaltaba en el gesto, al rechazar la imputación afrentosa. Sus manos —¡oh, sus manos llenas de gracia, mágicas en la caricia!— se contorsionaron con tal expresión de enojo, de honestidad herida, que no parecía sino que sobre de inmaculada virgen se pretendió arrojar la más injusta de las manchas...

Espantada de las afirmaciones sobrado minuciosas y verídicas de su contrincante, respondió a todas ellas con brío. Había citado a Bazán, sí; como tantas otras veces. En la entrevista telefónica ambos se refirieron no a don Miguel, sino a Ondarza y Perrín, que aquella noche, por efectiva tacañez, se negó a llevar al teatro a Berta Güemes... ¡Y sólo por estas pequeñas razones viles; apoyándose sólo en una falaz interpretación de vocablos, su marido no había vacilado en ofenderla, espiándola como a cualquier buscona, y echándola en cara, sin reparo

alguno, las más soeces afrentas! ¡Sólo por increíble ceguera—increíble en un varón de sus años—, disponíase a destruir un hogar, a deshonrarse él mismo, a proclamar a los cuatro vientos la calumnia; y, finalmente, a condenar a su hija—a la pobre Julia, quien por fortuna no se hallaba en aquel momento en casa—a la desesperación de un amor puro, enlodado y perdido para siempre!

Arrebatadora fué su elocuencia. A medida que el caballero la escuchaba, anonadado por el aluvión de voces y de gestos magníficos, en su ánimo la cólera iba cediendo el puesto a la flaqueza. Irremisiblemente se inclinaba a la duda. Y la pasión enorme, florecida en plena vejez, cuando una vida estéril en caricias quedaba atrás, y ante las maravilladas pupilas extendíase la corta perspectiva de la posesión de la mujer adorada bajo la amenaza de la muerte invencible, que no tardaría en despojar de vital fuerza a los miembros decrepitos y cansados; la pasión, inmensa y crepuscular, que hizo de su existencia una existencia nueva, y transformó sus hábitos, y sus cariños, y sus creencias, volvió a susurrarle al oído frases tentadoras y diabólicas. La amaba. Tenía sed inextinguible de ella. En aquel propio instante, cuando la muchacha, agotada, exánime, cayó en el sofá, y escuchó él sus mansos sollozos, de buena gana—a no ser porque un último escrúpulo se lo impedía— se hubiera arrodillado a sus pies, negándolo todo, perdonándolo todo, jurando que se equivocaba; como juraría, a ser preciso, que las tinieblas de aquella noche eran fulguraciones de sol en una plácida mañana de abril.

—Cosas hay en el mundo que, una vez sucedidas, no tienen remedio—murmuró Sofia, enjugando sus lágrimas—. Lo que hoy has hecho

conmigo, hecho está... Ya ves: no protesto; ni siquiera rechazo tus calumnias... Oféndeme cuanto quieras; ultrájame; mátame... De todas maneras, mi resolución está tomada: mañana mismo me voy a casa de mi madre... No nos veremos nunca más... Trabajaré; volveré a la vida del pasado, que, aun siendo obscura y triste, más vale que este infierno.

Levantóse. Y con el rostro entre las manos se disponía a atravesar el despacho, en dirección de la puerta, cuando Bringas, conteniendo bronco sollozo que arrancaba de las profundidades de su pecho, la retuvo, enlazándola con sus brazos temblones y envejecidos.

—No, Sofia—dijo con entrecortada voz, al cabo de un rato en que ambos confundieron sus lágrimas—. ¡No te irás! Mi vida eres tú, alma mía... Acaso te calumnié... Quizá oí lo que nunca fué pronunciado... Quiéreme un poco... Todo lo he sacrificado a ti; vivo por ti y para ti... Te saqué de la nada, y al darte mi nombre lo hice pensando que tú cerrarías mis ojos... Quiéreme un poco; respeta siempre mis canas... ¡Serán tan contados los días que me queden!

La acongojada dama seguía plañiendo con la cabeza apoyada en el débil hombro de su marido. Don Miguel pasó su diestra, con unciosa caricia, sobre la desordenada cabellera endrina, de vago perfume, evocadora de noches distantes y placenteras.

—¿Me querrás un poco, Sofia?

Queda voz pronunció a su oído el «sí» esperado; era un «sí» de chicuela llorosa.

Alzó entonces la barbuda cara don Miguel, satisfecho, cual si le hubiesen quitado enormísimo peso de encima. Y como sus ojos tropezaran con el retrato de dorado marco que en el testero del despacho había, en el cual parecía vivir, con intensa vida, la noble ancianidad de

doña Engracia, el viejo, vencido, inclinó la frente...

XXIX

Súbito recato enfrenó los anhelos lancinantes de la carne.

Fué sincera Sofía al llorar, reclinada en el hombro del viejo. Inspiróle don Miguel compasión inmensa. Por primera vez, a la luz del perdón, tuvo la visión clara de la culpa. Poblaron su cabecita loca sanas ideas de bien. Despertó la gratitud que dormía en la borrosa penumbra del pasado.—Todo lo debía a él. ¿Qué hubiera sido de su miseria sin la noble mano que la sacó de los antros en que había vivido?—Recordaba haber visto cierta ocasión en que por la Avenida del 5 de Mayo pasaba, en su auto resoplante, una hórrida silueta de vicio. La buscona clavó en ella los ojos con descaro, no atreviéndose, sin embargo, a saludarla. Y en aquel guiñapo de mujer, de labios pintados, de cara buída por prematura vejez, de ojos vidriosos, la empingorotada dama reconoció a una antigua compañera de trabajo; a la coquetuela que de la máquina de escribir dió arriesgado salto hacia la vida galante...

Asociábase tal recuerdo con el de las vecindades sucias y hediondas. En aquellos destartados caserones coloniales—tan semejantes a los que figuran en las estampas de las primitivas ediciones del *Periquillo*—alentaba el drama de los matrimonios pobres: mujeres que ayer, como ella, ostentaron el lujo ingenuo de sombreros y listones a costa de ingrata labor adquiridos en despachos y almacenes; y que ahora, cargadas de hijos, mugrientas, astrosas,

aguardaban la decena del empleadillo para comprar zapatos a los niños, pagar la renta de hacía tres meses y no morir de hambre el día once...

¡Qué había hecho! ¿Por qué, ciega, puso en peligro la esplendidez de su vida? ¿Le faltaba algo? ¿No era feliz, ella, que lo tenía todo, cuando otras se hubiesen conformado con las migajas de su festín?

Como el saltimbanco que ha cruzado el abismo sobre de tensa cuerda, y una vez realizada la hazaña experimenta horror a las consecuencias que ésta pudo tener, así ella se llenaba de espanto.—Y todos esos sentimientos unidos: gratitud, lástima, egoísmo, miedo, determinaron que Sofía no viese más a Jorge.

Estaba decidida, sí, a no verle más. Quería ser buena, cueste lo que cueste. En la crisis del remordimiento, al amanecer del día que siguió a la noche fatal, se abrazó llorosa a su marido, como el náufrago a la tabla carcomida y flotante del destruido barco.—«Yo te quiero, Miguel; yo te quiero... ¡Has sido para conmigo tan bondadoso!»—Y a punto estuvo de hacer en la alcoba misma general confesión de su culpa, a no ser porque vago instinto la retenía.

No concurrió a la cita con Jorge, por la tarde. Trepó al cuarto de Julia. Buscaba un refugio. En la diminuta estancia perdida en las azoteas, creía respirar una atmósfera vigorizante de honestidad y pureza. Atenta, consideraba el ir y venir de la aguja con que la virgen bordaba un precioso cojín. La turbó pensar en la persona a quien sería éste destinado.

—¿Te gusta bordar, Julia? Tú, tan inteligente; tú, que sabes tanto, ¿no prefieres hacer otras cosas?

La doncella sonrió. Habituada estaba a aquellos repetidos e ingenuos halagos de su madras-

tra, que ahora se sucedían, empero, muy de tarde en tarde.

—También la inteligencia está aquí, Sofía, como en una música hermosa... Sólo que las manos, en vez de producir lindas melodías, van encadenando dibujos y colores...

Inclinándose sobre de la primorosa labor, Sofía dijo:

—¡Qué bonita es! ¡Tan bonita y tan buena como tú!

Y sus ojos se llenaron de lágrimas.

Tuvo, a partir de entonces, la embriaguez que infiltran los triunfos de la voluntad, principalmente en quienes no la han ejercitado. Se obstinó en no encontrarse más con Jorge. Y no le vió al otro día, ni al otro, ni en una semana.

El diputado, cuya extrañeza no alcanzaba límites ante informalidad tan desusada, hizo prodigios de astucia para lograr una entrevista con ella. ¡Imposible! El teléfono, mudo; enigmática, como esfinge, la amante... Por más que lo intentara, no logró sorprenderla a solas en casa. Sofía se aferraba a Julia, desesperadamente. No la abandonaba en tanto estuviera Jorge delante; y con gesto sencillo y voz natural participaba en las charlas de entrambos, sin reparar en las interrogaciones angustiosas del joven cuando su novia volvía la espalda. Una tarde, como Julia fuera al piano, mientras tocaba aquel misterioso y arrullador *Warum?*, de torturante recuerdo, Bazán, cogiendo su mano con brusquedad, preguntó:

—¿Por qué?

Por un instante la melodía pareció interrumpirse. Julia volvió ligeramente la cabeza. Los dos quedaron mudos, aterrorizados.

Sorprendió, asimismo, Jorge, alguna vez, en el semblante de su futuro suegro, un no sé qué de avinagrado y fosco. Aquello hubo de ane-

garle en un mar de suposiciones. No admitía, sin embargo, la del descubrimiento de la falta. Más bien se rendía a los celos, enfermizos, mordicantes. — ¿Si ella amara a otro hombre? — Tuvo insomnios. Vencido por el deseo, alucinado, imaginaba a su querida en brazos de alguien... ¿De quién? — La espió; supo de su vida. Era ésta más recogida que nunca. La agraciada señora no iba a parte ninguna, fuera de sus habituales correrías por los almacenes, en las cuales hacía hoy acompañar irremisiblemente por Julia.

Cansado al fin—en él la pasión revestía ímpetus avasalladores, pero harto escasa persistencia—, cesó en su empeño. Amenguó las visitas a Julia, a la que apenas veía, con gran asombro de ella. La política hubo de absorberle por completo. Pronunció dos o tres discursos malos en la Cámara. Si ayer se preocupó por aniquilar a la Universidad, ahora perseguía la supresión del Registro de Sanidad. No era democrático que pupilas y busconas fuesen importunadas por el Estado, en previsión de que no se propagaran ciertas feos dolencias. Cantó en la tribuna a la pobre cortesana expoliada. Hizo el panegírico de las hetairas de Roma, y tuvo para las de México frases de la más exquisita amabilidad... — Engolosinado con el aplauso de las galerías y los comentarios de la prensa, concentró al cabo sus fuerzas para dar el golpe maestro. Llamó a Sixto; extrajo del cajón las primorosas cuartillas de papel de lino, y puso mano al primer capítulo de *El desarrollo de la idea democrática a través de las edades de nuestra historia*. — En la convalecencia del dolor, sintiendo la inmensa laxitud del abandono, un noble pensamiento le confortaba: — «Yo me debo a la Patria» — se decía.

En graves apuros estaba una tarde, para de-